

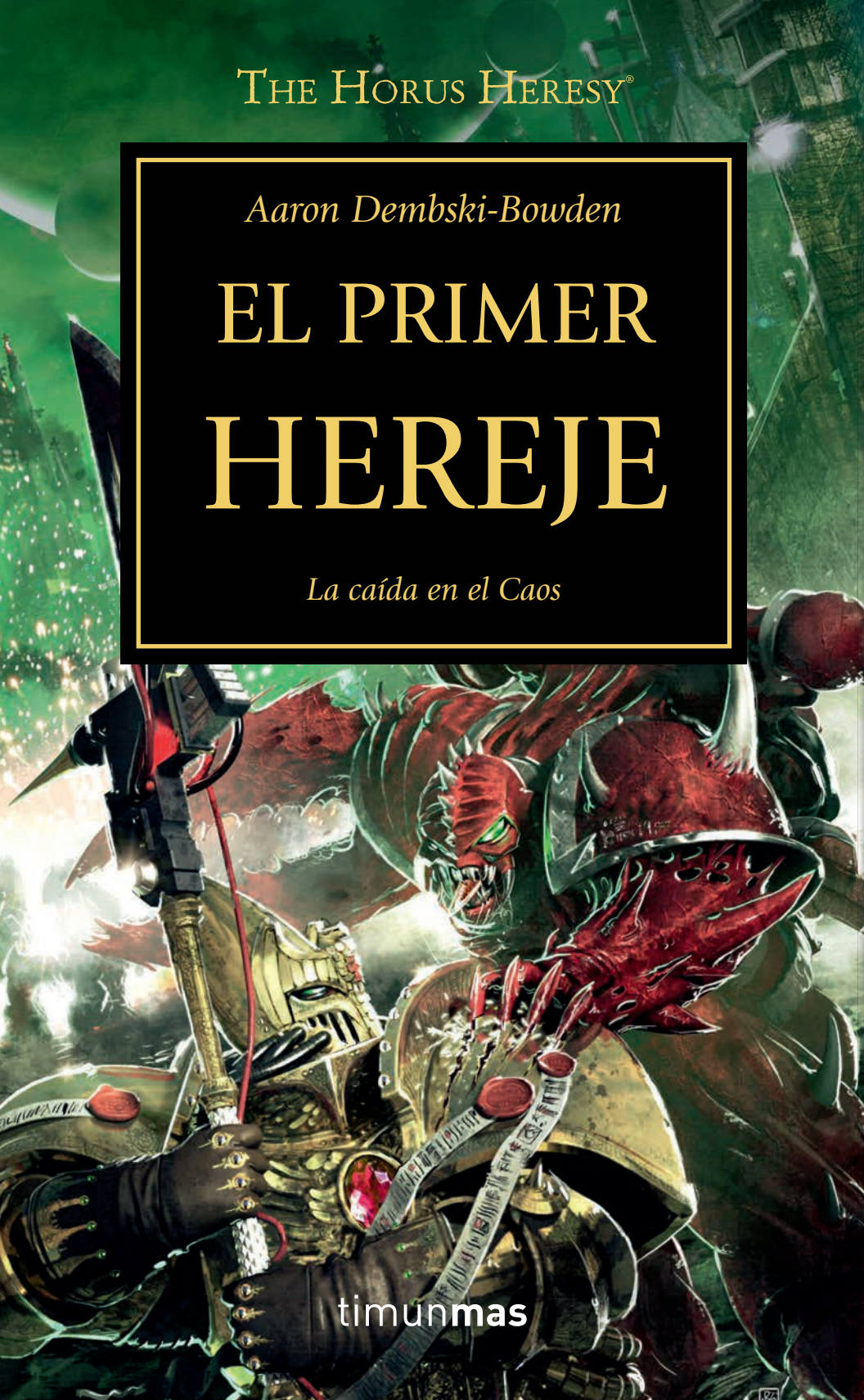
THE HORUS HERESY®

Aaron Dembski-Bowden

EL PRIMER HEREJE

La caída en el Caos

timunmas



THE HORUS HERESY™

EL PRIMER HEREJE

Aaron Dembski-Bowden

timun**mas**

Título original: *The First Heretic*
Traducción: Juan Pascual Martínez

Ilustración de cubierta: Neil Roberts

The First Heretic, El primer hereje, GW, Games Workshop, Warhammer, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como ® o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2010 por Black Library Games Workshop Limited., Willow Road, Nottingham, NG7 2WS, UK
www.blacklibrary.com

© Games Workshop Limited 2010

© De la traducción Games Workshop Limited. 2011. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2011, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 7.^a planta. 08034 Barcelona
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.timunmas.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0322-0
Preimpresión: gama, sl
Depósito legal: B. 2.263-2016
Impreso en España por Romanyà Valls, S.A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

UNO

La ciudad perfecta Falsos ángeles El Día del Juicio Final

La primera estrella fugaz cayó en el corazón de la ciudad perfecta.

Los mercados nocturnos de la plaza siempre estaban abarrotados de gente y llenos de ruido, pero todo quedó en silencio cuando en el cielo aparecieron aquellas estelas llameantes y las estrellas cayeron al suelo en una deriva majestuosa.

Las multitudes se apartaron para formar un anillo alrededor del punto donde se esperaba que llegara aquello. Sólo cuando estuvo más cerca, la gente fue capaz de ver la verdad. No era una estrella en absoluto. No era de fuego, sino que lo exhalaba por las toberas de unos motores aullantes.

Una vez posado, del aparato surgió una nube de humo que apestaba a aceite quemado y a productos químicos ajenos al planeta. El casco de la nave tenía la forma de un ave rapaz, un cuerpo de depredador aéreo de color azul cobalto y oro mate. La panza todavía relucía con un brillo anaranjado debido al calor lacerante provocado por el descenso orbital.

Cyrene Valantion formaba parte de la multitud que se había reunido allí. Le faltaban sólo tres semanas para cumplir dieciocho años. Comenzó a oír susurros a su alrededor, y esos susurros no tardaron en transformarse en cánticos, y los cánticos en plegarias.

Un trueno retumbó en las calles y plazas cercanas, el rugido de unos motores poderosos y de unas toberas aullantes. Más de aquellas estrellas que no eran estrellas cayeron como lluvia del cielo. Hasta el propio aire vibraba con el zumbido de tantos motores. Cada bocanada de aire sabía a gas de escape.

El emisario de fuselaje oscuro llegado del cielo mostraba el símbolo del Águila Sagrada, ennegrecido por el paso a través de la atmósfera. Cyrene notó por un momento que la visión se le desdoblaba y que entremezclaba lo que estaba viendo en ese momento y lo que había visto en cientos de formas artísticas durante su niñez. No formaba parte de los fieles, pero reconocía aquella nave, que había sido representada en imágenes con tintas de colores brillantes en rollos de pergamino. Aquella imagen se repartía en todas las escrituras.

Supo de inmediato por qué los ancianos de la multitud estaban sollozando y cantando. Ellos también habían reconocido la nave, pero no gracias a las imágenes de los códices sagrados, sino porque, decenios atrás, ellos habían presenciado la llegada desde los cielos de los mismos vehículos.

Cyrene contempló cómo la gente caía de rodillas y alzaba las manos hacia el cielo estrellado mientras rezaba sollozante.

—Han vuelto —murmuró una anciana. Dejó durante un momento sus plegarias arrobadas y tiró de la vaporosa túnica *shuhl* de Cyrene—. ¡De rodillas, perra ignorante!

En esos momentos, toda la multitud estaba ya entonando cánticos. Cuando la anciana intentó agarrarla de nuevo de la pierna, Cyrene dio un tirón para librarse de la garra arrugada de la vieja.

—Por favor, no me toque —le advirtió Cyrene.

La tradición indicaba que no se debía tocar a aquellas que llevaban puesta la túnica roja *shuhl* sin que la doncella diera su permiso. Debido al fervor que la invadía, la anciana había hecho caso omiso de esa antigua costumbre. Arañó con las uñas la piel de la joven a través de la suave seda de la túnica.

—¡De rodillas! ¡Han vuelto!

Cyrene acercó una mano a la daga *qattari* que llevaba ceñida al muslo desnudo. La delgada hoja de acero decorado relució con un brillo ambarrino bajo la luz de las llamas reflejadas en la nave espacial.

—No... me... toque.

La anciana soltó una maldición en voz baja antes de retomar sus plegarias.

Cyrene inspiró profundamente en un intento de ralentizar su frenético ritmo cardíaco. El aire le abrasaba en la garganta y le provocaba picores en la lengua debido al regusto del humo expulsado por las toberas. Así que habían vuelto. Los ángeles del Dios Emperador habían regresado a la ciudad perfecta.

No se sintió sobrecogida por una sensación de reverencia, ni tampoco cayó de rodillas para agradecerle al Dios Emperador la segunda venida de sus ángeles. Cyrene Valantion se quedó mirando la forma de buitre de la nave metálica mientras en la mente le ardía una pregunta.

—Han vuelto —musitó de nuevo la mujer—. Han vuelto con nosotros.

—Sí, pero ¿por qué? —preguntó Cyrene.

Algo se movió en la nave sin previo aviso. Una gruesa puerta se abrió y una gran rampa se deslizó temblorosa sobre unos mecanismos hidráulicos chirriantes. El cántico de los adoradores resonó con más fuerza, acompañado de jadeos de sorpresa y de sollozos nerviosos. La gente entonó los cánticos de la Palabra, y los últimos que todavía estaban de pie cayeron por fin de rodillas. Cyrene fue la única que se mantuvo erguida.

El primero de los ángeles surgió de la nube de humo cada vez menos espesa. Cyrene se quedó mirando a la figura, con los ojos entrecerrados a pesar de la exaltación reverencial del momento. Un escalofrío helado le recorrió las venas.

Pronunció una sola palabra, como si la protesta susurrada de una única joven fuese capaz de detener de algún modo lo que estaba ocurriendo.

—Esperad.

La pesada armadura que el recién llegado llevaba puesta contrastaba con las imágenes de las escrituras. Carecía de cualquier clase de adorno formado por los pergaminos sagrados que deberían precisamente declarar en una serie de líneas de escritura elegante esa condición de sacralidad, y tampoco mostraba el color gris invernal de los verdaderos ángeles del Dios Emperador.

La armadura del individuo que había bajado era de un hermoso color azul cobalto, con unos rebordes de bronce tan pulidos que casi relucían como el oro. Sus ojos eran unas rendijas rojas en una máscara facial impenetrable.

—Esperad —repitió Cyrene, con más fuerza esta vez—. No son los Portadores de la Palabra.

Una anciana le chistó al oír aquella blasfemia, y luego le escupió en los pies descalzos. Cyrene no le hizo caso. No apartó la mirada del guerrero de armadura de color cobalto, que era distinto, de un modo muy sutil pero innegable, a las imágenes de las escrituras que se había visto obligada a estudiar cuando era una niña.

Los hermanos del ángel surgieron del interior de la nave y bajaron hasta la plaza. Todos llevaban puestas armaduras del mismo color azul y

empuñaban unas armas demasiado grandes como para que las pudieran sostener sin ayuda las manos de un ser humano normal.

—No son los Portadores de la Palabra —insistió, elevando la voz por encima de los cánticos.

Muchas de las personas arrodillas que la rodeaban le chistaron con vehemencia para que se callara o la maldijeron con fiereza. Cyrene tomó aire una tercera vez para pronunciar en voz bien alta aquella acusación, pero en ese mismo instante los ángeles se movieron al unísono de un modo inhumano y apuntaron con sus armas hacia la multitud de adoradores. Ver aquello la dejó de repente sin respiración.

El primer ángel les habló, y lo hizo con una voz ronca y profunda, filtrada a través de unos altavoces ocultos en la placa facial del casco.

—Gentes de Monarchia, capital de Cuarenta y siete Diez, oídmelo bien. Nosotros, los guerreros de la XIII Legión, hemos jurado llevar a cabo esta tarea, y estamos obligados por el honor a cumplir con nuestro deber. Venimos a traer el decreto del Emperador al décimo planeta sometido a la voluntad del Imperio por la acción de la 47.^a Flota Expedicionaria de la Gran Cruzada de la humanidad.

Mientras el guerrero decía todo aquello, la docena de ángeles que lo acompañaban no dejó de apuntar a los ciudadanos arrodillados.

Cyrene se fijó en que las bocachas de las armas presentaban un aspecto similar al del fuselaje de la nave con forma de buitre, ya que habían quedado ennegrecidas por los disparos de unos proyectiles de enorme tamaño.

—Vuestro acatamiento al Imperio de la Humanidad se ha mantenido durante sesenta y un años, y es con terrible pesar que el Emperador exige que todos los ciudadanos abandonen Monarchia de un modo inmediato. Vuestros líderes planetarios recibieron la misma orden hace tan sólo unos momentos. Esta ciudad debe quedar evacuada dentro del plazo de seis días. Vuestros líderes planetarios podrán enviar una única señal de auxilio el último día de ese plazo.

La multitud se mantuvo en silencio, y sus miradas mostraron una confusión y una incredulidad que sustituyeron a la reverencia que se había apoderado de sus rostros. El líder de los ángeles pareció captar la pérdida de atención de la multitud, por lo que apuntó el arma hacia el cielo y abrió fuego una vez. El disparo resonó con el rugido retumbante de un trueno en el centro de un valle. El estruendo fue ensordecedor en mitad de aquel silencio.

—No debe quedar nadie en Monarchia en el amanecer del séptimo

día. Id a vuestras casas. Reunid vuestras pertenencias. Evacuad la ciudad. Cualquier resistencia será eliminada sin contemplaciones.

—¿Adónde iremos? —gritó una voz de mujer en mitad de la anonadada multitud—. ¡Éste es nuestro hogar!

El primer ángel se volvió y apuntó su arma directamente hacia Cyrene. La joven tardó unos cuantos segundos en darse cuenta de que había sido ella quien había hablado. Los que la rodeaban tardaron mucho menos tiempo en echar a correr y salir huyendo, lo que la dejó en un aislamiento repentino.

El ángel repitió las mismas palabras, con un tono de voz neutro que no se diferenció en absoluto del que había utilizado momentos antes.

—No debe quedar nadie en Monarchia en el amanecer del séptimo día. Id a vuestras casas. Reunid vuestras pertenencias. Evacuad la ciudad. Cualquier resistencia será eliminada sin contemplaciones.

Cyrene tragó saliva y no dijo nada más. La muchedumbre estalló en una serie de gritos e imprecaciones. Una botella se estrelló contra el casco de uno de los ángeles y se convirtió en una lluvia de trozos de cristal. Un numeroso grupo de personas comenzó a gritar exigiendo respuestas, y Cyrene se dio media vuelta de inmediato y echó a correr. Allá donde la muchedumbre no estaba huyendo se abrió paso a empujones a través del gentío.

El tableteo rugiente de las armas de los ángeles comenzó unos cuantos segundos más tarde, cuando los mensajeros del Dios Emperador abrieron fuego contra la muchedumbre enfurecida.

Tres días más tarde, Cyrene todavía seguía en la ciudad.

Al igual que muchos de los habitantes que consideraban a Monarchia su hogar, la piel morena de Cyrene era un legado de la vida que sus ancestros habían pasado en los desiertos ecuatoriales, y sus atractivos ojos eran de un marrón claro parecido al de la madera de caoba. El cabello castaño iluminado por el sol le caía como una cascada de rizos sobre los hombros.

Al menos, así era como sus amantes más devotos la describían.

Ésa era la imagen que tenía en la mente, aunque no era eso lo que veía en el espejo cada vez que se miraba. Tenía los ojos rodeados por un cerco oscuro producto de pasar dos noches sin dormir, y los labios estaban agrietados por la deshidratación.

No llegaba a comprender cómo era posible que la situación hubiera llegado a aquel punto. La resistencia a los invasores había sido feroz a lo

largo de la hora aproximada que había durado. La mayor matanza se había producido en la puerta Tophet, cuando las protestas se convirtieron en una revuelta, y la revuelta se transformó en un campo de batalla. Cyrene lo contempló todo desde la seguridad que ofrecía una iglesia cercana, aunque lo que vio no tenía explicación: ciudadanos abatidos y masacrados, y todo por un crimen como era atreverse a defender sus hogares.

Un tanque de color cobalto y bronce disparó contra la puerta Tophet, y aunque la matanza era una tragedia, aquel acto era una pura profanación. El tanque avanzó aplastando a los muertos bajo las cadenas y lanzó una andanada contra la gigantesca estructura. Los destellos de los disparos de los cañones dejaron una marca dolorosa en la vista de Cyrene, pero ella siguió mirando a pesar de todo, incapaz de apartar los ojos.

La puerta Tophet cayó, y su masa marmórea se despedazó en fragmentos al estrellarse contra el suelo de la plaza. Toda una fortuna en piedra blanca y pan de oro, todo un monumento a los verdaderos ángeles del Dios Emperador, quedó destrozado por unos invasores que proclamaban ser leales al Imperio.

Cyrene distinguió entre los escombros los cuerpos inmóviles de las estatuas que habían sido derribadas de la fachada de la puerta destruida. Las conocía muy bien, porque había acudido muchas veces al mercado de medianoche en la plaza Tophet. En todas y cada una de aquellas ocasiones, los ángeles de mármol la habían observado desde sus elevados puestos tallados en la superficie de la puerta. Sus ojos rasgados sin expresión alguna la habían contemplado sin parpadear. Las armaduras sin alas estaban talladas en la piedra pulida con una habilidad artística maravillosa. Aquellas imágenes no representaban a los falsos ángeles emplumados del antiguo mito de Terra, sino a la encarnación de la virtud, a los ángeles de la muerte formados a partir del temible aspecto del propio Dios Emperador. Sus sombras, sus hijos, los Portadores de la Palabra.

Las siluetas de los herejes flotaban difusas en el polvo mientras se acercaban al tanque.

—Los reyes guerreros de Ultramar —musitó Cyrene en ese momento—. La XIII Legión.

Todos eran unos blasfemos. El hecho de que se parecieran a los Portadores de la Palabra no hacía más que reforzar su impureza.

Las comunicaciones planetarias estaban completamente desconectadas. Un vendedor callejero le había contado que los invasores habían destruido todos los satélites de Khur antes de bajar atravesando las nu-

bes. Fuese o no cierto, la comunicación con las demás ciudades, incluso entre los distintos barrios de Monarchia, sólo era posible mediante el boca a boca.

—Se rebelaron en el distrito Quami —le había insistido el vendedor—. No ha sido sólo en Tophet. También en Gulshia. Han muerto cientos, quizás miles de personas. —Se encogió de hombros como si todo aquello no fuera más que una curiosidad—. Me voy esta misma noche. No tenemos ninguna esperanza si nos enfrentamos a esos demonios, *shuhl-asha*.

Cyrene no le contestó, aunque sonrió ante el uso educado del título arcaico de su profesión, pero ¿qué podía decirle? Los invasores habían rodeado y bloqueado por completo la ciudad. Era imposible que las semillas de la rebelión echaran raíces en semejante terreno baldío.

El éxodo de los habitantes de Monarchia comenzó distrito por distrito después de aquellas primeras purgas. Una vez se abrieron las puertas, el flujo incesante de ciudadanos surgió en tromba de la urbe.

Para cuando llegó la noche, la evacuación estaba completamente en marcha. Los ciudadanos más acaudalados de Monarchia, la mayoría de ellos pertenecientes a los funcionarios de mayor rango que actuaban como portavoces de la Palabra, disponían de sus propios medios de transporte, y abandonaron la ciudad en dirección a las propiedades residenciales que tenían en otras ciudades. El amanecer de Monarchia estaba repleto de aeronaves que se alejaban en dirección a lugares más seguros transportando a los ricos, a los poderosos, a los que eran económicamente vitales y a los iluminados espiritualmente a refugios situados en otras partes del planeta.

Cyrene todavía no se había marchado. Lo cierto era que todavía no estaba segura de si lo haría. En esos momentos se encontraba en el balcón de su cápsula habitable de la segunda planta, una estancia a mitad de camino entre un dormitorio y una celda monástica en el bloque de apartamentos Jiro, en una de las zonas más baratas de la ciudad.

Las torres de megafonía bramaban una y otra vez su mensaje:

—«Existen unos límites estrictos de peso en los objetos personales que se pueden llevar a bordo de la nave de evacuación. Todos los residentes del distrito Inaga deben dirigirse de inmediato al espaciopuerto de Yael-Shah o a la puerta de Comercio Duodécima. Existen unos límites estrictos de peso en...»

Cyrene hizo caso omiso de los avisos y se quedó contemplando a la gente que avanzaba en manada por las calles y que prácticamente cortaba

el tráfico debido a su lento ritmo de marcha. Allí, al final de esa misma calle, uno de los guerreros de la XIII Legión dirigía a la masa de gente como si no fuera más que ganado. El falso ángel empuñaba la misma arma que sus hermanos, un gigantesco rifle capaz de disparar munición explosiva.

Cyrene se asomó por la barandilla del balcón y contempló con detenimiento la eterna imagen del opresor y del oprimido, de los conquistadores y los conquistados. Su distrito debía quedar evacuado como muy tarde la mañana del día siguiente. El proceso era forzado y laborioso, y sobre los silenciosos ángeles falsos recaía un gran número de maldiciones y de lamentos.

—«Existen unos límites estrictos de peso...» —repetían retumbantes una y otra vez los altavoces de las torres.

Aquellas torres de comunicación se utilizaban antaño para llamar a la oración tres veces al día a lo largo y ancho de toda la ciudad. Emitían palabras de tolerancia y sabiduría a todos aquellos que cobijaba la urbe. El carácter sagrado de esos artefactos había quedado pervertido, ya que en esos momentos servían como transmisores de las órdenes de los invasores.

Cyrene se percató demasiado tarde de que la habían descubierto.

El aire se espesó y se volvió más caliente debido al chorro de unos motores cuando un aerodeslizador pequeño flotó sobre la calle a la altura de su balcón. Se trataba de un vehículo para dos ocupantes, con los costados formados por placas de blindaje inclinadas de color azul. Se mantenía en el aire sostenido por el empuje de unas turbinas que emitían un fuerte zumbido. Los falsos ángeles sentados en su interior revisaron con la mirada las ventanas del segundo piso de los diferentes edificios a medida que pasaban a su lado.

El estremecimiento que recorrió a Cyrene amenazó con convertirse en un temblor incontrolable, pero ella se mantuvo firme donde se encontraba.

La aeronave se acercó flotando. Las palas de los rotores expulsaban chorros de aire caliente de los motores antigravitatorios del vehículo. El falso ángel que iba sentado en la posición de artillero se inclinó hacia adelante y accionó un mando que llevaba en la gorguera de la armadura.

—Ciudadana. —La voz del comunicador del guerrero sonó como un ladrido por encima del zumbido de los motores del aerodeslizador—. Este sector está siendo evacuado. Baje inmediatamente a la calle.

Cyrene inspiró con fuerza, y no se movió.

El guerrero miró a su compañero, el piloto sentado a su lado, y luego se volvió de nuevo hacia Cyrene, que mantenía su actitud de tranquilo desafío.

—Ciudadana, este sector está siendo evacuado...

—Ya lo he oído —lo interrumpió Cyrene con la fuerza suficiente como para hacerse oír a su vez por encima del zumbido de los motores.

—Baje de forma inmediata a la calle —le ordenó el guerrero.

—¿Por qué lo hacen? —les preguntó sin dejar de alzar la voz.

El artillero movió la cabeza en un gesto negativo, aferró las empuñaduras del arma de calibre gigantesco acoplada a la montura del vehículo y la apuntó directamente al pecho de Cyrene. La joven tragó saliva. La boca del cañón del arma tenía el diámetro de su propia cabeza. Hasta la última fibra muscular de su cuerpo se estremeció por el pánico y le suplicó que echara a correr.

—¿Por qué lo hacen? —exigió saber, y ahogó el miedo bajo la furia que también sentía—. ¿Qué pecado hemos cometido que nos ha mancillado tanto como para obligarnos a abandonar nuestros hogares? ¿Somos fieles al Imperio! ¿Somos leales al Dios Emperador!

Los falsos ángeles se mantuvieron inmóviles durante unos largos segundos. Cyrene cerró los ojos a la espera del inmenso martillazo que señalaría el fin de su vida. A pesar de la situación, notó que estaba a punto de sonreír. Era un modo insensato de morir. No quedaría nada que enterrar.

—Ciudadana.

Abrió los ojos. El guerrero había bajado el cañón del arma y la apuntaba hacia el suelo.

—El Emperador, amado por todos, ordenó a la XIII Legión que viniera aquí y es quien ha decretado todos nuestros actos. Míranos. Mira nuestra armadura, y las armas que empuñamos. Somos sus guerreros, y cumplimos su voluntad. Baje de forma inmediata a la calle y abandone el distrito.

—¿El Dios Emperador nos exige que abandonemos nuestros hogares?

El guerrero soltó un gruñido. Fue un sonido chasqueante y mecánico, que tan sólo sonó parecido a algo humano por la rabia que se adivinaba en él. Fue la primera emoción que notó en los invasores desde que llegaron.

—Baje inmediatamente a la calle. —El guerrero la apuntó de nuevo con el arma—. Ahora. La mataré ahí mismo si vuelve a pronunciar palabras tan necias como éstas sobre el Emperador, amado por todos.

Cyrene escupió hacia la calle.

—Me marcharé sólo porque busco la iluminación que proporciona la sabiduría. Descubriré la verdad que se oculta detrás de todo esto, y rezaré para que haya alguien que pague por ello.

—La verdad será revelada —le dijo el guerrero mientras el aerodeslizador se preparaba para alejarse—. Al amanecer del séptimo día, dé media vuelta y mire a su ciudad. Ahí encontrará la iluminación que busca.

Y llegó el amanecer del séptimo día.

El cielo cada vez más claro encontró a Cyrene Valantion de pie sobre una de las cimas de las colinas Galahe. Llevaba el vestido tradicional oculto bajo una chaqueta larga en la que se arrebujaba para protegerse del viento otoñal que soplabla con más fuerza a cada minuto que pasaba. El cabello le flotaba suelto bajo la fuerza del aire mientras contemplaba la ciudad sumida en un silencio absoluto, en una quietud absoluta. A lo largo de las últimas horas, varios borrones luminosos habían ascendido hacia el cielo nocturno. Cada una de aquellas manchas brillantes era una nave de desembarco de la XIII Legión, y todas regresaban a la órbita una vez se había acabado la misión de los guerreros que transportaban.

El sol llegó al horizonte con su lenta y eterna inevitabilidad. Una luz dorada y fría, a pesar de todo su suave brillo, se derramó sobre los minaretes y las cúpulas de Monarchia. Era una ciudad de una belleza sin parangón. Las puntas de sus diez mil torres se convirtieron en oro bajo el amanecer.

—Por la Sangre Sagrada —musitó la joven, incapaz de hablar en voz más alta, y notó la humedad tibia de las lágrimas en las mejillas. Pensar que la humanidad era capaz de crear semejantes maravillas... — Por la Sangre Sagrada del Dios Emperador.

La luz del cielo brilló con más intensidad, con demasiada intensidad y demasiado pronto. Apenas había comenzado el amanecer y la luz brillaba ya con la misma intensidad que al mediodía.

Cyrene alzó la mirada y vio con ojos llorosos cómo las luces del cielo se iluminaban con un segundo amanecer.

Vio caer el fuego del cielo. Unos rayos de una luz intensísima se clavaron en la ciudad perfecta procedentes de un punto situado por encima de las nubes. No pudo mirar aquello durante mucho tiempo. La potencia lumínica incomparable de aquellos rayos solares le arrebató la vista a los pocos instantes y la dejó sumida en la oscuridad mientras oía los sonidos provocados por la destrucción de la ciudad moribunda. El mundo

se estremeció bajo los pies de Cyrene, y la joven cayó al suelo. Lo peor fue que la vista le falló de forma intermitente antes de perderla del todo, y su última visión clara fue la de Monarchia destrozada, con sus torres desplomándose sobre las llamas.

Cegada y traicionada por el destino, Cyrene Valantion gritó a los cielos y rezó para que alguien pagara por aquello mientras la ciudad donde había nacido ardía hasta los cimientos.